

REVISTA TEMAS



Comienzo de Otoño

Referencia al citar este artículo:

Alekseevich, V., y Useche, L.A. (2018). La política de la memoria como instrumento de construcción de las naciones postsocialistas. *REVISTA TEMAS III*(12), 49-64.

<https://doi.org/10.15332/rt.v0i12.2033>

La política de la memoria como instrumento de construcción de las naciones postsocialistas¹

Valery Alekseevich Achkasov²
Liuba Alexandra Useche Peláez³

Recibido: 6 de junio de 2018. Aprobado: 10 de julio de 2018

Resumen

En el artículo se analiza el rol de la “política histórica” promovida por las élites políticas e intelectuales en la formación de la identidad nacional de los países postsocialistas. Se llega a la conclusión de que en lugar de un programa constructivo de consolidación de la identidad nacional, las élites políticas e intelectuales promovieron la actualización de los conflictos existentes y la politización de la política histórica, formando y conceptualizando imaginarios en la conciencia de masas. En este artículo se plantea que el compromiso frente a la interpretación de los complejos y trágicos episodios de la historia común y el reconocimiento de la responsabilidad general de estos países o del llamado “olvido común” pasaron a un segundo plano. El análisis aquí planteado abarca lo anterior, teniendo en cuenta el estudio de la primitiva xenofobia e idiosincrasia.

Palabras clave

Élites políticas e intelectuales, memoria colectiva, narrativa nacional, identidad nacional, política de la memoria, politización de la historia, guerra de la interpretación.

The politics of memory as an instrument of construction of post-socialist nations

Abstract

This article analyses the role of elites’ “historical policy” in shaping the national identity of post-socialist countries. It is concluded that, instead of a positive program for the formation of national identity, instead of searching for a compromise in the interpretation of complex and tragic episodes of common history, recognition of common responsibility for them or their common “forgetting”, political and intellectual elites of most post-socialist countries, by contrast, do everything for their updating and politicization, creating and conceptualizing myths for the mass consciousness, giving the appearance of the scientific validity to the primitive xenophobia

1. Artículo de reflexión.

2. Docente y director de la Cátedra de Etnopolítica de la Facultad de Ciencia Política de la Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia. Doctor en Ciencia Política. Correo electrónico: val-achkasov@yandex.ru.

3. Traductora del artículo original «Политика Памяти» как инструмент строительства постсоциалистических наций, publicado en la Revista de Sociología y Antropología Social con autorización del doctor Valeri Alekseevich Achkasov. Mg. en Ciencia Política, se desempeña como docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Santo Tomás. Correo electrónico: liuba.useche@ustabuca.edu.co.

Keywords

Political and intellectual elites, collective memory, national narrative, national identity, politics of memory, politicization of history, war of interpretation.

АННОТАЦИЯ

В статье, посвященной анализу роли «исторической политики» элит в формировании национальной идентичности постсоциалистических стран, делается вывод о том, что вместо позитивной программы формирования национальной идентичности, вместо поиска компромисса в интерпретации сложных и трагических эпизодов совместной истории, признания общей ответственности за них или их совместного «забывания», политические и интеллектуальные элиты большинства постсоциалистических стран, наоборот, делают все для их актуализации и политизации, формируя и концептуализируя мифологемы массового сознания, придавая видимость научной обоснованности примитивным ксенофобиям и идиосинкрязям.

El recuerdo colectivo de los sucesos del pasado es actual y solicitado solo cuando encaja en la estructura contemporánea de los intereses grupales y cumple con las necesidades que surgen en el presente. Por eso, la memoria histórica –de acuerdo con la afirmación paradigmática de Pierre Nora– es siempre actual; al idealizar los sucesos del pasado, la nación (más concretamente las élites nacionales) al mismo tiempo escoge su propio futuro. Por esta razón se recuerda aquello que está en sintonía con lo contemporáneo, actualizándose de acuerdo con las necesidades actuales y respondiendo a objetivos políticos determinados. Consecuentemente se olvida aquello que obstaculiza su consecución, en cuanto la política de la memoria tradicionalmente está ligada con las prácticas del olvido selectivo. Como lo afirma Ernest Renan, a menudo una selección de este tipo es conducida con prejuicio, idealizando y falsificando lo que fue:

El olvido o, más bien, el error histórico es uno de los principales factores de la creación de una nación, y por lo tanto el progreso de la investigación histórica suele ser un peligro para la nacionalidad (...) La esencia de una nación consiste en que los individuos compartan mucho en común y que al mismo tiempo olviden mucho de lo que los separa (1888).

Nora introdujo el concepto de “conmemoración” para describir muchos métodos de “producción de la memoria” con los cuales en la sociedad se produce, asegura, protege y transmite la memoria sobre el pasado. El análisis de contenido de este término nos presenta a su vez el concepto de “tradiciones inventadas” propuesto por el investigador británico Hobsbawm. La tradición inventada, en su opinión, es un conjunto de prácticas comunes de carácter ritual y simbólico usualmente reguladas con ayuda de unas normas claramente reconocidas, su objetivo es la introducción de ciertos valores y normas de conducta en la consecución de objetivos por medio de la repetición. Las razones por las cuales se construyen las tradiciones son diferentes, pero la mayoría de las veces a esta estrategia recurren las élites con el fin de retener o conquistar el poder en condiciones de crisis. Partiendo de este criterio, Hobsbawm divide “las tradiciones inventadas” en tres grupos: en primer lugar, se encuentran las tradiciones que simbolizan y reflejan la cercanía social, la identidad de las sociedades y naciones, en segundo lugar, están las que legitiman su estatus, institutos y autoridades y, en tercer lugar, aquellas que socializan determinados valores, normas y reglas de conducta.

Dado que las tradiciones no se desarrollan por sí mismas, son creadas, rechazadas o cambiadas por las personas, diferenciando la importancia de ciertos elementos del pasado en diferentes etapas del desarrollo histórico de la comuni-

dad y para diferentes grupos sociales de la sociedad dada. Los constructivistas no sin bases afirman que no existen hechos objetivos históricos, pues todos ellos han sido alterados y esencialmente son productos de la interpretación de aquellos que tienen más o menos derecho a su legítima nominación. Por eso, el proceso de reconocimiento y superación del pasado se determina en primer lugar por los intereses políticos y los intereses de actores influyentes (Makoli, 2011).

Esto a su vez suscita el fenómeno de las tradiciones construidas, lo cual es una contradicción de las tradiciones nacionales o étnicas en el marco de una sociedad multiétnica, o genera conflictos entre tradiciones de los representantes de diferentes grupos sociales y uniones políticas. Estamos hablando de la lucha por el dominio simbólico, en la cual las fuerzas que se han construido aspiran a privatizar el discurso público, usando instrumentalmente unos u otros eventos históricos y símbolos para lograr sus propios objetivos. De acuerdo con lo anterior, los participantes de esa lucha competitiva pretenden conseguir objetividad justamente desde su propio punto de vista, apelando a demostraciones objetivas (históricas, arqueológicas, etc.). Es posible además la intensa confrontación de las tradiciones étnicas, religiosas, regionales o políticas y tales acciones pueden llevar a una división en "comunidades de memoria antagónicas", cada una de las cuales pretende ser la única (Nalebaiko, 2009). Cabe resaltar que la conciencia histórica de cualquier comunidad social se construye en contraposición o asimilación del otro y esto por lo general va acompañado del miedo ante la amenaza de los otros, de los extranjeros, de los enemigos.

El uso político e instrumental del pasado es característico en la construcción de todos los tipos de identidad colectiva

(racial, étnica, religiosa, regional, de clase, de género, entre otros) y al tiempo tiene un significado especial para la percepción de las naciones. Tal como lo afirma Samuel Huntington, sin una historia nacional clarificada en el recuerdo de la gente, sin los célebres sucesos del pasado, las guerras y victorias, las desdichas, los ejemplos de héroes y villanos no habría nación. Asimismo, Ernest Gellner mostró la importancia significativa del uso de la historia como recurso para la formación y apoyo de la historia nacional, es decir, para superar la distancia social entre grupos, su integración dentro de una sola nación, la superación de la distancia entre la cultura de masas tradicional y la moderna (Gellner, 1991). Por eso la creación de un mito nacional se convierte en una tarea fundamental para el Estado. La creación de diccionarios y libros de lenguaje, la consolidación de las normas existentes o darle al lenguaje popular la dignidad del lenguaje literario, la popularización de los símbolos nacionales, la institucionalización de las fiestas nacionales, la aparición de personajes ficticios en representación de la nación o de sus instituciones, son elementos que han servido y sirven para que la unicidad de la nación sea algo evidente en la conciencia de sus ciudadanos. Como resultado, cada nación tiene su propia historia "la cual no es solo la unión de sucesos, sino una narrativa nacional organizada y profesional", es decir, basada en conocimientos confiables y una versión del pasado compartida por los miembros de la nación (Tishkov, 2010).

Sin duda, esta narrativa histórica juega un papel importante en la identificación nacional; Describiendo la historia general de una nación determinada, dándole símbolos y mitos unificadores, estas narrativas teleológicas históricas construidas, inevitablemente simplifican y por lo general alteran el panorama del pasado. Junto con la glorificación de los

(supuestos) logros históricos y las víctimas comunes, tales narraciones cumplen con la tarea de comprender o ignorar los acontecimientos problemáticos, oscuros o incluso vergonzosos en el pasado de un pueblo en particular. (Miller, 2005).

Es decir, cumplen con la función de construir un pasado ideal. Las naciones, como lo afirma incluso en el siglo XIX Renan, se construyen en la pérdida colectiva de la memoria, en la invención del ayer y son asumidas como una categoría eterna e inmutable (Renan, 1888). De este modo, la historia oficial de la nación puede ser históricamente fiable o ficticia, pero en cualquier caso, gracias al sistema de educación, ella se convierte en una propiedad común aceptada por la mayoría de miembros de la nación y ostenta el estatus de convencional, por eso un actor individual que no esté en congruencia con ella no puede cambiarla arbitrariamente.

De esto en parte cabe afirmar que el concepto de “memoria histórica colectiva” es igual al de “conciencia histórica colectiva”; la “voluntad colectiva” en esencia no es más que una metáfora⁴. Siguiendo a Hobsbawm, todos los individuos, colectivos e institutos necesitan un pasado, pero las investigaciones históricas han descubierto que este es solo la unión de eventos fortuitos. Cuando un evento estándar de la identidad cultural se ve ligado al pasado a través de la creación de mitos y se disfraza de evento histórico, este no es más que nacionalismo (Hobsbawm, 1997).

Por eso, las representaciones masivas contemporáneas sobre la historia no constituyen “una memoria natural” trans-

mitida de generación en generación, ellas son el resultado de la actividad de agentes profesionales de la política histórica, en otras palabras, “aquello que nosotros llamamos *memoria* actualmente, ya no es memoria sino historia” (Nora, 1994). Este famoso historiador francés escribe sobre “el triunfo de la memoria mundial”, su trabajo constituye una crítica a las versiones oficiales de la historia y saca a la superficie los componentes reprimidos del proceso histórico. Su obra resalta un culto a las raíces y al desarrollo de las investigaciones genealógicas, el rápido crecimiento del número de eventos conmemorativos, la creación de los museos históricos, el incremento sentimental de la recolección de materiales arqueológicos, la renovación del apego al patrimonio, al que en el mundo angloparlante lo llamaríamos *heritage* y en francés *patrimoine*. El trabajo de Nora señala las dos características más relevantes del proceso de “florecimiento de la memoria” en el mundo contemporáneo; la primera nos indica que el historiador profesional ya no tiene el tradicional monopolio sobre la interpretación del pasado, y retomando el trabajo de François Hartog, postula que debido al rol de los medios masivos de comunicación en su interpretación, les es dado el título de expertos de la memoria. La segunda característica refiere al uso político, comercial y turístico cada vez más intensivo del pasado (Nora 2005).

La política histórica representa un estímulo continuo para la discusión del pasado a través de las diversas formas de su institucionalización (Chixovski). Por eso, aquellos elementos del pasado se involucran en el giro cultural en calidad de “comunes” para los distintos individuos del pasado (y aquellos que por el contrario son reemplazados al ser sometidos a un activo olvido) de ninguna manera se dan por sentados. No importa cuán inconveniente para la conciencia

4. Con relación a esto, Duncan Bell propone el término de “mito-panorama” (mythscape), el cual refiere a las esferas discursivas en las que frecuentemente se forman, se reproducen, se discuten y se reconstruyen los mitos que descansan en la base de las distintas identidades colectivas, especialmente los mitos nacionales (Bell, 2003).

cotidiana sea, pero el “pasado común” es imposible sin esfuerzos específicos para construirlo (Malajov, 2001). En relación con esto, Marc Ferro, autor del famoso libro *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero* distingue tres niveles de representación de la sociedad sobre el pasado, reflejadas en los libros escolares de historia: el primer nivel es el institucional, es decir, la historia oficial sancionada desde arriba; el segundo nivel corresponde a la contrahistoria, esto es, la historia oculta de los grupos sociales derrotados y oprimidos que se encuentran fuera de la comunidad; el tercer y último nivel refiere a la memoria colectiva e individual (Ferro, 2010). Como ya se señaló, el rol decisivo en esta construcción de variantes del pasado nacional pertenece a las élites políticas. Aún más, en virtud de su propia naturaleza el texto político (traducido por los representantes de la élite política) siempre proyecta normas e identidades de una comunidad política determinada en nombre de la cual se pronuncia, reproducen y redefinen estas normas, y se trazan las fronteras de quienes pertenecen a ella y quienes no, o en otras palabras, quiénes son “los nuestros y los extranjeros” (Morozov, 2010).

De la posición de las élites políticas depende el estatus y la evaluación que reciben los distintos eventos en una u otra historia nacional (étnica). Sin lugar a dudas, de las élites políticas dependen también la elección de eventos históricos claves, los cuales en el marco de la narrativa histórica reciben el estatus de *un gran momento*⁵ (Shils, 1975), es decir, son considerados como un paso determinante en el desarrollo de la sociedad e incluso de todo el mundo. En la historiografía soviética este estatus lo

recibe la Gran Revolución Socialista de Octubre y en la Rusia contemporánea este estatus sin duda es dado a la Gran Guerra Patria. Como razonablemente afirma el investigador ruso Nikolai Kuposov, el mito sobre la guerra se convirtió en un verdadero mito sobre la procedencia de la Rusia postsoviética (Kuposov, 2011), pues en esta tragedia histórica, la unión de la historia nacional con el destino de cada ciudadano ruso⁶ y la idea de la unidad del Estado y el pueblo se revela más claramente que en cualquier otro momento. Esto lo reafirma el análisis de contenido de los mensajes anuales de los últimos tres presidentes de la Federación Rusa y tal como lo expresa Olga Malinova “es evidente que la Gran Guerra Patria es un suceso único de la historia rusa y se usa activamente en los mensajes presidenciales en calidad de un símbolo positivo, siendo objeto de una continua reinterpretación” (Malinova, 2011).

Estos grandes sucesos o momentos cruciales de la historia se muestran en el discurso oficial en un sentido simbólico especial. Como lo señala Eviatar Zerubavel, cualquiera de las actividades relacionadas con la conservación de la memoria de estos episodios históricos, está impregnada de un sentido de comunión con lo sagrado, pero al mismo tiempo, estas muestran una profunda contradicción interna. Este es un estado simbólico de quiebre, estando al borde de dos épocas, por un lado brinda a los “momentos cruciales” varios significados complementarios y permite su múltiple interpretación, por otro lado, permite su conversión en un mito político que

5. Siguiendo a Shils “Los grandes momentos” son aquellos eventos que determinaron el desarrollo posterior y dieron un halo de santidad al pasado (Shils, 1975, p. 198).

6. Nota de la traductora fuera del texto original: en el idioma ruso existen dos términos para denominar a una persona nacida en la Federación Rusa: *Rossian* (россиян) y *russkie* (русские). El primero de ellos hace referencia a la ciudadanía rusa, la cual es ostentada por cualquier representante de las diferentes nacionalidades de la Federación Rusa, el segundo por su parte refiere a la condición étnica, denominando así a un determinado grupo étnico eslavo.

se usa en la lucha de diferentes fuerzas (Zerubavel, 2011). Por ello, no es una casualidad que en la víspera de la disolución de la Unión Soviética, la historia de Octubre de 1917 fuera sometida a una revisión radical y puesto en duda su estatus de *un gran momento*. Hoy en día en el espacio postsoviético esto mismo ocurre con la prehistoria y la historia de la Segunda Guerra Mundial, o lo que en la Federación Rusa se conoce como la Gran Guerra Patria.

Después de la disolución de la Unión Soviética, la construcción o reinterpretación de las tradiciones nacionales, "el pasado nacional", la disociación de los *momentos cruciales* en la historia, el reformateo de la memoria colectiva histórica para la legitimación de la construcción nacional y los regímenes políticos nacientes, se convirtieron en un problema objetivo para las élites políticas e intelectuales de las nuevas naciones. Según Zerubavel, la memoria colectiva sobre las raíces históricas encontradas, le trae a la sociedad un nuevo impulso, convirtiéndose en un medio para reflejar nuevas ideas y valores. En este proceso una nueva nación se apoya tanto en la ciencia histórica como en la tradición (en cuanto el pasado no se puede construir en su totalidad). Usando selectivamente el material que estos suministran, negando o aceptando sus conclusiones, suprimiendo o desarrollando sus posiciones, una nueva nación crea su propia memoria y tradición nacional (Zerubavel, 2011). La narración histórica, entre otras cosas, fue diseñada para demostrar de manera convincente los derechos de la nación titular a la posesión exclusiva de su territorio tradicional y las nuevas interpretaciones de la historia de las naciones postsoviéticas sirvieron como evidencias importantes de no ser caminos repetitivos de su desarrollo (etnogénesis), lo que se convirtió en un instrumento de construcción de nuevas barreras culturales y de identidades.

A partir de lo anterior, la relación hacia el legado histórico soviético se convirtió en un punto de partida para la revisión de todas las historias restantes. De acuerdo con el historiador ucraniano Georgiy Kasianov, la lógica de construcción de una historia nacional impulsó a formular una crítica de la historia del período soviético y a la práctica de reemplazar la variante soviética de la historia por una nacional (Kasianov, 2010). Como resultado de la disolución de la Unión Soviética aparecieron no solo quince nuevos Estados independientes, sino también quince nuevas narrativas históricas nacionales, una especie de versiones oficiales del pasado de cada país. En el mundo postsocialista nadie se pudo resistir a la tentación de una lectura radicalmente nueva de la historia de su pueblo (especialmente de la historia del siglo XX), a una apropiación ideológica del pasado histórico. No fue casual, en parte, que el concepto de totalitarismo, que parecía finalmente rechazado por los científicos sociales, volviera a ser relevante. La historia activamente se utilizó por las élites de muchos países de la Europa oriental postsoviética en los comienzos de las *guerras de la memoria* y, por supuesto, las necesidades de un desarrollo a largo plazo de la ciencia histórica no jugaron aquí un papel determinante. Principalmente surgieron los problemas en torno a la construcción nacional y las consideraciones de la coyuntura política. Con todo eso, la nacionalización de la historia sirvió como justificación, ya fuera para la posición alcanzada por las élites políticas o para la posición que estas deseaban, así como para la movilización de las masas en apoyo a sus demandas, punto en donde nace la fuerte competencia entre las diferentes narrativas históricas. No obstante, si para la persona de masas este constituía un proceso de afirmación de la importancia de su identidad etnocultural,

para sus líderes era una posibilidad para forjar una carrera política y aumentar su estatus social. Si para las élites los procesos de creación de un pasado nacional eran un proceso de construcción de una identidad nacional, para las masas estos eran el descubrimiento de lo que desde hace mucho tiempo existía en la realidad y anteriormente había sido olvidado, ya fuera por la prohibición del recuerdo o porque no había sido aún descubierto por sus miembros.

De acuerdo con lo anterior, una de las tareas prioritarias de las élites dominantes de los nuevos Estados independientes fue la política histórica, es decir, las acciones deliberadas y formalmente legitimadas de los políticos y funcionarios públicos que estaban dirigidas a la consolidación, eliminación o reformulación de fragmentos específicos de la memoria colectiva (Niniakovski: Traba 2009). Esta política se cumplió por medio de la interpretación de unos episodios de la historia creados con fines políticos o partidarios, introduciendo nuevos libros escolares de historia, planes escolares y programas, estableciendo la celebración de nuevas fechas importantes y fiestas, construyendo nuevos memoriales y destruyendo los antiguos y, por último, consolidando el control sobre la actividad de los medios de comunicación masiva, pues a través de los libros de historia, las fiestas estatales y memoriales, las películas históricas, los programas de radio y televisión se lleva a cabo la función de legitimación de la memoria histórica. En su tiempo el investigador británico Smith se hizo esta pregunta: ¿Por qué todos los regímenes necesitan que los jóvenes estudien historia en la escuela? Y él mismo la contestó de la siguiente forma:

No para que entiendan su propia sociedad y cómo ella se transforma, sino para que acojan esta sociedad como propia, se

sientan orgullosos de ella y se conviertan en buenos ciudadanos de Estados Unidos o de España, de Honduras o de Irak.... La historia como una forma de introducción y como una ideología encierra en sí misma el método de convertirse en un mito de autojustificación (Smith, 1995).

Por otro lado, Tony Judt señaló que todos los Estados contemporáneos viven hoy en día gracias a un capital pedagógico el cual ha sido introducido en los ciudadanos en las décadas pasadas (2011).

Muchos autores se han inclinado por apoyar la diferencia entre la memoria histórica, la historia escolar/pública y la historia profesional, es decir, entre el sistema de investigaciones críticas ligado con determinadas normas de argumentación y el uso de los hechos. Como lo señala Malinova (2012) la historia pública es un elemento significativo de la política simbólica⁷ y a diferencia de la historia formal o profesional, representa la interpretación del pasado dirigida a un amplio auditorio de no especialistas. Evidentemente la diferencia entre estos fenómenos existe, sin embargo, tanto el contenido de la memoria histórica construida como la historia escolar en mucho depende del conocimiento histórico profesional. Cabe recordar que la historia profesional nació a comienzos del siglo XIX como parte de la empresa de construcción de la nación (Miller), es decir, como una empresa para la nacionalización de la memoria histórica colectiva. Como afirma Tony Ballantyne, desde finales del siglo XVIII la historiografía profesional estuvo fuertemente relacionada con la formación de la identidad nacional y la consolidación de la comunidad nacional, participando en los

7. Siguiendo a Potseluev, entendemos como política simbólica, "un tipo especial de comunicación política cuyo objetivo no es el pensamiento racional sino a la infusión de pensamientos persistentes por medio de la puesta en escena de efectos visuales (1999).

últimos dos siglos como un instrumento intelectual especial para la creación de los Estados. Por supuesto, el trabajo tiene lugar en las fuentes históricas profesionales bajo el control y con el apoyo de los institutos gubernamentales. Como fue el caso no solo de los países europeos sino también de sus antiguas colonias, la historia jugó un rol importante como elemento central en el nacionalismo anti-colonial y poscolonial. Por eso, Ballantyne denomina a la historia "nación accidental" y enfatiza en la necesidad de salvar la historia de las garras de una nación (2005).

Cabe igualmente recordar que la introducción de cursos escolares de historia en Europa estuvo relacionada con la consolidación del sistema estatal de educación y con la expansión del número de ciudadanos con derecho al sufragio, es decir, el número de ciudadanos de un Estado nacional. Al mismo tiempo, bajo la influencia de la modernización, fue destruido el sistema "natural" de transmisión de la memoria comunicativa en el marco de grupos sociales tradicionales que antes eran relativamente cerrados y estables. Como resultado, las identificaciones particulares grupales fueron sometidas casi en su totalidad a las identificaciones dadas por parámetros importantes nacionales de diferenciación entre *nosotros* y *ellos* (Boitsov, 2005). Desde este momento las naciones comenzaron a representarse en calidad de sujetos significativos de la historia y las figuras prominentes de un pasado distante fueron sometidas a una estilización respectiva, gracias a lo cual ellas se convirtieron en héroes y símbolos nacionales. Por todas partes los representantes de las élites intelectuales crearon panteones en honor a un conjunto de los héroes nacionales.

Sin embargo, no habiendo tenido éxito en el final de su formación, las historias nacionales construidas (como cualquier

otro paisaje del pasado) empezaron a provocar conflictos y *guerras de interpretación* a menudo irreconciliables, no es una casualidad que el siglo XIX fuera denominado "el siglo del nacionalismo". No obstante, hasta hace poco tiempo

El Estado nacional en los límites de sus propias fronteras protegió exitosamente el monopolio de relatar la historia. Hoy en día, con la fuerza de movilidad de las personas y el desarrollo de los medios de comunicación, los enfrentamientos entre las diferentes imágenes del pasado se han vuelto incomparablemente más frecuentes, vaciándose hasta el nivel de conciencia de un ciudadano común. Esto fortalece el grado de conflictividad contenido en la historia nacional y su capacidad para enemistar a la gente (Boitsov, 2005).

Como lo señaló Conyers Read, el historiador encuentra en el pasado aquello que busca; él selecciona, establece y enfatiza los hechos de acuerdo con la concepción que considera deseable y requerida socialmente, analizando la evolución de la sociedad, frecuentemente partiendo de esta condición (1950). La mayoría de los historiadores de los Estados post-soviéticos llegan a la conclusión de que existe un alto grado de subjetividad en cualquier conocimiento histórico al no ser posible trazar una barrera inamovible entre medios objetivos y subjetivos de reconocimiento del pasado, por lo cual la ciencia histórica representa un conjunto de prácticas culturales que se establecen en ciertas circunstancias históricas y por lo tanto es inevitable que se transformen con el tiempo. Aún más, la política histórica, es decir, la determinación de un pensamiento político del pasado histórico, en las sociedades pluralistas no constituye un monopolio del Estado, aunque el Estado ocupa en esta esfera una posición privilegiada debido a que él cuenta con las posibilidades de imponer métodos para la

interpretación de los sucesos pasados y ante todo cuenta con la ayuda del sistema de educación escolar.

Por otro lado, si en los países postsoviéticos de la Europa oriental transcurre una fuerte competencia “de proyectos sobre el pasado”, en Asia central el Estado pretende arrebatar a los profesionales de la historia su monopolio tradicional a la interpretación del pasado. En una forma bastante clara esto puede verse en Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán, siendo un caso ejemplar el uso hasta hace poco de la famosa obra histórica *Padre de todos los Turcomanos* de Saparmurat Niyazov y su libro *Ruhnama*⁸ (2001), en el cual junto con preceptos morales y razonamientos filosóficos se presenta la “única versión verdadera” de la historia nacional⁹. En este libro se relata que el pueblo turcomano fue elegido por Dios y creado por Alá cinco mil años atrás. Según el libro, el primer turcomano fue llamado Oguz-Xan y es considerado el antecesor de todos los turcomanos, a los que a su vez se les atribuye la creación de setenta Estados, incluidos Partia, el Estado Selyúcida, etc. (Niazov, 2001). Esto mismo hicieron otros líderes de Estados de la región. Así, incluso en el año 1997, apareció el libro de Islam Karimov *Uzbekistán en el umbral del siglo XXI: amenazas para la seguridad, condiciones y garantías del progreso* en el cual se describe una variante heroica de la historia milenaria de los uzbekos (no es casual que fuera escogido el conquista-

dor y creador del Estado de Uzbekistán Amin-Tamerlan como principal héroe nacional)¹⁰. En parte, en el libro se afirma que la etnia uzbeka y el Estado de los uzbekos existen hace tres milenios por lo menos y que hoy en día ellos renacen después de decenios del “colonialismo ruso-soviético” (Karimov, 1997).

Muchos años después aparece el libro del líder de tayikistán Emomali Raxmona *Los Tayikos en el espejo de la historia*, en el cual se buscan las raíces antiguas de la nación tayika (por eso en el rol de héroe principal nacional “se reafirma” el fundador del Estado de los samánidas, Ismail Samani) y se dibuja “la figura en el espejo” (en relación con los uzbekos) de la trágica historia milenaria del *pueblo-víctima*, su lucha constante contra los enemigos históricos por la supervivencia:

Los enemigos de nuestra nación intentaron borrar arduamente el nombre del tayiko de la tabla de la historia. Pero la nación de Tayikistán, habiendo atravesado numerosas dificultades y tribulaciones logró defender su identidad nacional en sangrientas guerras, para preservar su nombre, idioma, cultura, costumbres antiguas, tradiciones y creencias... (Raxmonov).

Desde el momento de su publicación, estos libros se convirtieron en material obligatorio para el estudio, tanto en las escuelas como en los centros universitarios, y todas las demás interpretaciones de la historia nacional fueron prohibidas.

Prestando atención al pasado nacional y a la historia escolar promovida por los líderes de los nuevos Estados postsoviéticos, Valery Tishkov escribe:

8. Nota de la traductora fuera del texto original: El libro turcomano *Rujnama* puede traducirse como “libro del alma”. En palabras de su autor, esta obra es el libro principal del pueblo turcomano y resume sus ocupaciones históricas, habla sobre la mentalidad de sus habitantes, sus costumbres, tradiciones, deseos e intenciones de su pueblo.

9. Vale la pena resaltar que después de la muerte de S. Niazov, a comienzos de 2008, se redujo el tiempo dedicado a estudiar el libro *Rujnama* en los centros escolares, y en el 2009 empezaron a retirar el libro de las empresas e instituciones. A cambio, se emitió el primer volumen de las obras del presidente turcomano Gurbanguly Berdimuhamedov “A Nuevas Alturas”.

10. El asunto está en que desde el año 1500 los flujos y seguidores de Timur se desplazaron desde Asia media como una tribu de uzbekos, bajo el poder de los cuales estuvo la región incluso hasta la conquista del Imperio Ruso en el siglo XIX.

En las últimas décadas el asunto sobre la historia en las escuelas y las versiones nacionales del pasado fuertemente se entrelaza con la reevaluación global de la historia emprendida después de la culminación de la Guerra Fría o periodo de la gran confrontación, con los problemas de la construcción del Estado después de la disolución de la Unión Soviética y Yugoslavia, y las extrañas transformaciones del nacionalismo y la búsqueda de una identidad nacional (Tishkov, 2011).

Cabe resaltar nuevamente que la formación de la identidad nacional no es espontánea, constituye un proceso inevitable y requiere fuerzas conscientes del Estado, de las elites políticas e intelectuales. Por eso las concepciones de la escuela nacional trabajadas e implementadas en los Estados postsoviéticos y en un grupo de regiones nacionales de Rusia, fueron reconocidas no solo como una mejora del nivel de las competencias lingüísticas y de aprendizaje de la historia en los estudiantes, sino como la construcción de una memoria histórica por medio de la creación de una nueva narrativa nacional, principalmente antirusa y antisoviética, de la actualización de viejas costumbres, de revitalizar las que existían anteriormente y la creación de nuevas barreras culturales. Así, como resultado, la guerra común (la Gran Guerra Patria) en la conciencia de los estudiantes de las escuelas del espacio postsoviético fue finalmente reemplazada por quince guerras separadas, sin importar los factores positivos o negativos que las caracterizaban. Ante esto, la separación de lo que antes era considerado una historia común de la guerra inevitablemente llevó a la rehabilitación del colaboracionismo (Guzenkova, 2012).

Como es conocido, para la autoevaluación de la comunidad nacional el pasado en parte es más importante que el presente. Se puede también afirmar que en

la ausencia de argumentos convincentes sobre la grandeza cultural y la unicidad de la comunidad étnica, el trabajo de invención de los elementos culturales faltantes y la creación de mitos históricos es particularmente turbulento y el rechazo de la crítica racional por parte de la posición nacionalista es particularmente conflictivo (Koroteeva, 1999). Sin duda, un pueblo para considerarse a sí mismo igual a las grandes naciones (es decir, capaz de volverse una nación), es necesario tener raíces profundas, una fuerte historia y una cultura rica. Si alguno de estos factores está ausente, su ausencia puede ser llenada por un mito, una genealogía inventada o incluso por monumentos falsos y símbolos prestados. Nadie está de acuerdo con que su nación sea "sólo una tribu con ejército". Algunas veces parece que la nación para justificar su existencia tiene una medición temporal centrándose obsesivamente en las raíces provenientes de un pasado étnico profundo —agrega el historiador americano Kevin Platt (2010). Esta obsesión con el pasado puede ser causada por un tipo de complejo de inferioridad nacional, la necesidad de auto respeto y reconocimiento por parte de las grandes naciones o las naciones vecinas, y la necesidad de elección entre varias interpretaciones posibles del pasado histórico de su propio pueblo.

Entre menos cohesionada y heterogénea sea la nueva nación, más serán necesarias las "formaciones religiosas" de la memoria histórica, especialmente si se tiene en cuenta que en el tiempo soviético se libró una guerra permanente con la religión. Por eso, las autoridades de los países postsoviéticos estuvieron interesadas en la construcción de la historia de su propio pueblo al adentrarse en las profundidades de los siglos y formarse "una imagen adecuada de los antepasados lejanos". Ante esto, por ejemplo, los antepasados agricultores son valorados

más que los antepasados nómadas. De hecho, los rastros de la actividad de los primeros son más fáciles de descubrir, sus monumentos culturales marcan un territorio estrictamente limitado que es considerado legítimamente propiedad de sus descendientes y legitimando así el Estado nacional. Igualmente, los antepasados, que durante siglos defendieron su territorio y soberanía, son más valiosos que los ancestros conquistadores que desarrollaron una misión "civilizatoria". Además, un factor no menos importante constituye quiénes son elegidos como antepasados. En relación con esto la imagen de los arios es ejemplar, quienes son dotados de altas habilidades creativas y representan logros culturales de importancia mundial (Shnirelman, 2010).

Siguiendo lo anterior, llama la atención el alcance de la explotación del pasado histórico con fines políticos en los Estados del mundo postsocialista. El reformateo ideológico y transcodificación del pasado común, especialmente del pasado reciente, se convirtió en el transcurso del último decenio en uno de los instrumentos más importantes de ejercer influencia política dentro y fuera de los nuevos Estados. Así, la llamada política histórica o *política de la memoria* se convirtió en un instrumento de construcción nacional (construcción de la identidad nacional), proporcionando legitimidad interna y externa al Estado, movilización política y consolidación de la sociedad en todo el espacio postsoviético.

Por otra parte, si en los países que anteriormente tenían una democracia popular el volver a Europa (Milán Kundera) se convirtió en un mito que la Unión Soviética siempre obstaculizó, al obligar a los pueblos de los países de la región a seguir el camino comunista¹¹, en los

países postsoviéticos las narrativas nacionales se construyeron sobre la base del *paradigma postcolonial* (Tishkov), es decir, sobre el mito de la liberación del dominio imperial y la opresión nacional. La creación de nuevas historias nacionales se desarrolló con un claro acento en los aspectos negativos de la historia correspondiente al período soviético/comunista. Se resaltó el sufrimiento sin precedentes de la gente, especialmente los sufrimientos experimentados por los pueblos de los nuevos Estados en el pasado totalitario comunista. La nueva historia nacional aparece como una cadena de crímenes cometidos contra los pueblos de los nuevos Estados y las víctimas sin precedentes que sufren a causa de ellos. Como señala Miller, *la política histórica* no puede darse exclusivamente desde la posición de las víctimas, en cuanto esta posición claramente exige el uso de sufrimientos pasados no solo como una fuerza movilizadora interna, sino también con el fin de exportar la culpa (Miller, 2008). En casos extremos, la concentración en el sufrimiento pasado se convierte en la creación de un Holocausto nacional: la lucha por el reconocimiento de la comunidad internacional del genocidio contra su propio pueblo. Esta política hoy se usa ampliamente en muchos Estados postsocialistas, sobre todo en las que fueron repúblicas soviéticas (Finkel, 2011).

Es claro que en el espacio postsoviético, como en la mayoría de países del socialismo existente, el rol de las "fuerzas

sospecha de que la Nueva Europa es de hecho menos "europea" de lo que debería ser, o que los países de la región, siendo originalmente europeos, se "echaron a perder" bajo la influencia de Oriente (el caso de la Alemania Oriental), o incluso que ellos nunca fueron realmente europeos (casos como Bulgaria, Rumania, Lituania). La tendencia europea de orientar a los antiguos países socialistas es una cuestión enfermiza para los intelectuales de la "nueva Europa", entre ellos, Milan Kundera. Entre los grupos menos elitistas, se puede señalar un fenómeno paralelo: la sospecha de que la relación de la "Nueva Europa" hacia la "Vieja Europa" puede caracterizarse como una simple explotación (Platt, 2010).

11. Igualmente en los países centrales de la Unión Europea surgió la

del mal” fue reservado para los rusos y el Estado ruso. En el período de la lucha por la independencia los movimientos opositores en las repúblicas soviéticas trabajaron en su propia formación de una cosmovisión dualista, en la que el Imperio Ruso, la Unión Soviética y también todos los que se encuentran ligados a ellos representaban las fuerzas del mal y la opresión, las cuales a través de la política violenta de la rusificación, privaron a los pueblos de su cultura, del pasado histórico y del futuro, mientras que por otro lado, los movimientos nacionalistas se representaban a sí mismos como las fuerzas del bien y la libertad. Este dualismo se convirtió en una característica del discurso político en prácticamente todos los Estados postsoviéticos.

De acuerdo con lo anterior, Miller afirma que:

En muchos de los países vecinos existen fuerzas políticas que desean conscientemente convertir totalmente la historia en un arma de lucha política. En el campo de las relaciones internacionales ellas aspiran a fijar el rol de culpable para ciertos países, especialmente para Rusia, y el rol de víctimas para sí mismos con el fin de conseguir ciertas ventajas morales. Exigiendo de Rusia compensaciones por perjuicios reales y ficticios, describiendo a Rusia como una nación imperial incurablemente agresiva, creando la imagen de Rusia como una nación extranjera hostil, los partidarios de la política histórica lo consideran una herramienta adecuada para la formación de la identidad nacional en su propio país, la lucha contra sus propios oponentes políticos y la marginalización de aquellos grupos de la población, en este caso de la minoría rusa, allá donde ella está (Miller, 2009).

Así, los investigadores rusos Liudmila Moiseenkova y Pavel Martsinovskii, anali-

zaron cerca de veinte libros escolares de historia de Ucrania sacados a circulación en los años 1995 y 2002. En su opinión, en todos los libros escolares las relaciones entre Ucrania y Rusia están representadas como una confrontación permanente en la que Ucrania en el transcurso de toda su propia historia lucha por la independencia. El objetivo principal que tenían los autores de los libros escolares era la superación de la idea de que la historia de Ucrania era parte de la historia de Rusia (Medvedev, 2006). Al mismo tiempo, prácticamente en ningún lado del espacio postsoviético se rechazó a “los constructores soviéticos de la etnogénesis y la representación sobre *nuestro* grandioso aporte a la civilización y cultura, desde las imágenes de *nuestras* grandes culturas nacionales creadas bajo el poder soviético” cuando cada nación titular recibió su propia historia como indicador de un derecho exclusivo a la posesión de un territorio histórico y su propia cultura nacional (como estructura de instituciones y panteones de imágenes) (Rumiantsev, 2011).

En este tiempo la construcción de la imagen de enemigo se convirtió en el método de liberación de la responsabilidad por el pasado que fue considerado negativo, especialmente el pasado socialista. Como resultado, “la culpa histórica por el totalitarismo” descansa solo sobre los rusos y la mayoría de la población de los Estados postsocialistas se libera de la sospecha de haber prestado lealtad a este régimen o incluso de haberlo apoyado, aunque la política represiva en tiempos del *socialismo real* fue ejecutada no solo por los rusos, sino también –y aún más– por los representantes de los mismos pueblos oprimidos. Esto reafirma que una parte inherente de la política de la memoria es la política del olvido, la cual puede ser preventiva cuando la sociedad no considera ciertos eventos

como dolorosos para la conciencia de las masas y por lo tanto, no los considera extremadamente conflictivos o negativos, cuando los poderes de unos u otros grupos sociales evitan reconocer y discutir ciertos hechos vergonzosos o criminales del pasado (Miller, 2008). Algo muy ilustrativo en relación con esto es lo difícil que resulta para los húngaros, polacos, letones, lituanos, eslovacos, ucranianos, entre otros, la discusión sobre su rol en el Holocausto y otros crímenes a finales de los años 1930-1940. (Las deportaciones masivas de los alemanes; las limpiezas étnicas, por ejemplo, la llamada Masacre de Volyn, en la cual se aniquiló a miles de ciudadanos polacos a manos de los nacionalistas ucranianos o la polonización violenta de las minorías en los años anteriores de la guerra, donde la evidencia más grande es la operación del ejército polaco en la que destruyó un tercio de las iglesias ortodoxas del país en 1938, etc.). Como lo afirma Kopusov:

La participación de las fuerzas locales fue decisiva para que el genocidio alcanzara una gran escala, en la mayoría de países de la región murieron más del 90% de los hebreos que vivían en ellos. En este contexto particularmente odioso resulta el desfile de los veteranos de las *Schutzstaffel* en los países del Báltico, en cuanto se volvió evidente que la simpatía de una parte de sus habitantes al nazismo originada en el marco de la guerra no se podía explicar sólo a partir de la lucha por la independencia nacional (2011).

Es consecuente entonces reconocer que este tipo de superesfuerzo en la deconstrucción de la historia nacional “no desapareció”. A propósito de ello, un ejemplo bastante revelador son las narrativas históricas producidas en Polonia y Rusia, para las cuales es especialmente característico la interpretación contradic-

toria de unos u otros sucesos históricos. Siguiendo a Kopusov

En gran medida esto está relacionado con la forma en que los sucesos son analizados por los investigadores, centrando su atención en los momentos trágicos de la historia y mostrando una parte como víctima y la otra como triunfadora. Este enlace víctima-triunfador es precisamente lo que forma el nudo gordiano de los problemas y contradicciones insolubles, las cuales en el transcurso de muchos decenios no dan descanso no sólo a los investigadores y artistas que se ocupan del estudio de estas preguntas y su encarnación artística, sino también a los mismos ciudadanos comunes quienes están directa o indirectamente atraídos a este torbellino de memoria (Kocheliaeva, 2012).

Como resultado, siguiendo las investigaciones sociológicas de los últimos años, dos tercios de los polacos, especialmente los jóvenes entre 18 y 24 años, creen que la historia de las relaciones polaco-rusas tiene más momentos negativos que positivos. Más de la mitad de los polacos consideran que Rusia debe tener un sentimiento de culpa hacia Polonia en relación con los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, y también por el período socialista cuando Polonia dependía de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, más del 80% de los polacos cree que Polonia no debe tener sentimiento de culpa hacia Rusia en relación con el pasado histórico (Likoshina, 2008).

Las causas de las dificultades de la actualidad se siguen buscando en el pasado y por supuesto fuera de su propia nación. En el rol de un chivo expiatorio común y enemigo exterior nuevamente aparece Rusia y en el rol de enemigo interno los rusos o los habitantes cuya lengua materna es el ruso. De esta forma, nuevas interpretaciones de la historia se utilizan

en calidad de argumento principal, tanto en los debates políticos internos y al aclarar las relaciones con Rusia como sucesor de la Unión Soviética. Así, en la opinión de la mayoría de polacos, la catástrofe aérea en la cual falleció el expresidente polaco Lech Kaczynsky en Smolensk en abril de 2010 abrió una oportunidad de reconciliación entre Rusia y Polonia, sin embargo, las fuerzas derechistas polacas intentaron desatar otra campaña anti-rusa utilizando este hecho. Muestra de ello, en el medio de comunicación conservador *Nuestro diario* (Nasz Dziennik) fue publicada una entrevista con el diputado del partido *Derecho y justicia* Artur Gurskim bajo el lema “Yo culpo a Moscú”. En ella Gurskim declaraba:

Yo pienso que Rusia es responsable por esta catástrofe, por este nuevo Katyn¹²... Sin embargo nunca sabremos la verdad, como no la supimos en 1943 cuando el presidente de Polonia en el exilio Bladislav Sikorskii murió en la catástrofe de avión sobre Gibraltar después de que había discutido con los rusos sobre Katyn (Terentev, 2010).

En parte, la guerra de interpretaciones, es decir, la lucha con la ayuda de la elección de determinados hechos históricos se convierte en el prólogo a serios conflictos políticos internacionales, pues “la exportación de la culpa” usualmente lleva a una fuerte reacción del Estado acusado. Como resultado se lleva a cabo una espiral de acusaciones ligadas unas a otras, conflictos diplomáticos y batallas

por el pasado, las cuales, hablando en general, pueden convertirse en guerras reales (Finkel, 2011). Así, los frentes de confrontación histórica son una parte importante de la política de los países del sur del Cáucaso, estos frentes trabajaron regularmente formando lo que el famoso etnopolitólogo Stuart Kauffman denominó *política simbólica de la guerra étnica*. Por eso, antes que nada, la desescalación de los conflictos puede comenzar aquí con la distensión en los frentes de la lucha por el impredecible pasado de la región (Markedonov, 2010). Ante esto, la batalla por el marco interpretativo y la codificación narrativa del conflicto y la violencia es un juego de altas apuestas (R. Brubaker), en cuanto la adopción de un significado étnico en el conflicto por lo general aumenta el nivel de cohesión de los participantes de la confrontación.

La participación de los intelectuales –los dueños del discurso– en la producción de la política histórica por lo general lleva un carácter mediador. Influyendo en la conciencia de masas a través de los medios de comunicación y en el discurso de la elite política a través de los institutos de consulta política ellos son capaces de disminuir y aumentar considerablemente el potencial conflictivo en las relaciones intergubernamentales. Como ya se mencionó, la construcción narrativa común que representa el pasado de cada sociedad siempre sirve a los intereses de la elite política gobernante y es reconocida con el fin de facilitar sus funciones políticas. Tal como lo afirma Aleida Assman, las preguntas ¿Qué perdura en los límites de la memoria cultural? ¿Cuáles principios son incluidos y excluidos? inquebrantablemente están relacionadas con los asuntos de dominación y acaparamiento del poder y esto significa que el cambio en las relaciones de poder inevitablemente lleva al cambio en la estructura de la memoria cultural (Assman, 2009).

12. Nota de la traductora fuera del texto original: Katyn es una ciudad ubicada en territorio ruso. El hecho al que se hace referencia es la masacre de oficiales del ejército, policías, intelectuales y otros civiles polacos en este territorio a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día existen diferentes versiones sobre quiénes son los responsables de esta masacre; la posición polaca defiende que los hechos fueron cometidos por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), por otro lado, la posición de quienes defienden la no responsabilidad de la Unión Soviética frente a estos crímenes, acusan al ejército alemán de haberlos perpetrado.

Por otro lado, los intelectuales pueden incidir en la política de la memoria y tener un impacto directo si ellos mismos van tras el poder. Es posible, en relación con esto, registrar una marcha masiva hacia el poder (A. Sobchak) de los humanistas en los primeros años de la existencia postsoviética en las que hasta entonces eran repúblicas socialistas: el primer presidente de Abjasia, Vladislav Ardzinba, hasta el comienzo de la carrera política fue historiador y su oponente político, el presidente de Georgia, Zviad Gamsajurdia, fue un filólogo y poeta; el representante del Consejo Superior de la Lituania independiente Vytautas Landsbergis fue un músico; el presidente de Armenia, Levon Ter-Petrosián, era historiador, el presidente democrático de Azerbaiyán, Abulfaz Elchibei, fue filólogo y especialista en la lengua y la cultura árabe, etc. Prácticamente todos ellos facilitaron en gran medida el comienzo de las guerras de la memoria y sus actividades son un ejemplo de la producción ideológica de los conflictos (Malajov, 2001).

Sin embargo, los intelectuales humanistas se encontraron por corto tiempo en el poder, casi todos ellos fueron obligados a ceder el poder a los representantes de la anterior Nomenclatura soviética. Y debido a que en la Unión Soviética el factor nacional ocupaba un factor social importante y la etnicidad (nacionalidad en la terminología soviética) significaba la pertenencia a un grupo de estatus determinado, es decir, fue institucionalizada en las sociedades postsoviéticas, ella se convirtió en un instrumento poderoso en la competencia intergrupala y recibió apoyo sistemático por parte de las elites políticas, las cuales activamente utilizaron el nacionalismo y una historia preparada en la lucha por el poder. Teniendo en cuenta esta institucionalización de la etnicidad se explica en muchos aspectos lo sorprendente que resulta para el observador

extranjero, la plasticidad ideológica de las elites postsoviéticas, su transformación casi instantánea de "internacionalistas enardecidos" a defensores comprometidos de los intereses nacionales/étnicos.

A modo de conclusión, en la construcción de la política de la memoria en las naciones postsoviéticas paradójicamente se hizo caso omiso a las palabras del profesor de William Ury Harvard pronunciadas en 1992:

En fuertes situaciones conflictivas muy frecuentemente es necesario hablar sobre el pasado, desde el cual se podrá dirigirse hacia el futuro. Sólo cuando hay una relación basada en el respeto hacia la historia y en el reconocimiento de quienes sufrieron en el pasado y de los abusos cometidos, se puede trasladarse a una discusión constructiva de los planes hacia el futuro (Ury, 1993).

Referencias

- Бойцов М. История закончилась. Забудьте // *Культура*. 2005. 31–32.
- Геллнер Э. Нации и национализм. М.: Прогресс, 1991. [http://www.gumer.info/bibliotek_Buks/Polit/gelln/12.php].
- Джадт Т. Места памяти Пьера Нора: Чьи места? Чья память? // *Империя и нация в зеркале исторической памяти: Сб. статей*. М.: Новое издательство, 2011.
- Зерубавель Я. Динамика коллективной памяти // *Империя и нация в зеркале исторической памяти: Сб. ст.* М.: Новое издательство, 2011.
- Каримов И. Узбекистан на пороге XXI в.: угрозы безопасности, условия и гарантии прогресса. Ташкент, 1997.
- Касьянов Г. «Национализация» истории в Украине // *Национальные истории на постсоветском пространстве-II. Десять лет спустя / Под ред. Ф. Бомсдорфа, Г. Бордюгова*. М.: Фонд Фридриха Науманна, АИРО-XXI, 2010.
- Копосов Н. Память строгого режима: История и политика в России. М.: Новое литературное обозрение, 2011.
- Коротеева В.В. Теории национализма в зарубежных социальных науках. М.: Российск. гос. гуманит. ун-т, 1999.
- Кочеляева Н.А. Проблемы взаимодействия механизмов памяти и забвения в формировании гражданского общества // *Культурная память в контексте формирования национальной идентичности России в XXI веке: Коллективная монография / Отв. ред. Н.А. Кочеляева*. М.: Рос. ин-т культурологии, 2012.
- Лыкошина Л.С. Некоторые аспекты исторического и национального сознания в Польше // *Системные изменения и общественное сознание в странах Восточной Европы*. Сб. науч. тр. / Редколл.: Шаншиева Л.Н. (отв. ред.) и др. М.: РАН ИНИОН, 2008.
- Маколи М. Историческая память и общество сограждан // *Pro et Contra*. 2011. 51 (1–2). Январь — апрель.

- Малахов В. Символическое производство этничности и конфликт // Язык и этнический конфликт / Под ред. М.Б. Олкотт и И. Семенова. М.: Гендальф, 2001.
- Малинова О. Тема прошлого в риторике президентов России // Pro et Contra. 2011. 52 (3–4). Май — август.
- Малинова О.Ю. Использование прошлого в российской официальной символической политике // Историческая политика в XXI веке: Сб. статей / Под ред. А. Миллера, М. Липман. М.: Новое литературное обозрение, 2012.
- Маркедонов С. Исторические фронты Южного Кавказа, 2010 // Мониторинг СМИ [http://www.globalaffairs.ru/articles/10246.html].
- Медведев Р.А. История как средство самоидентификации // Россия в глобальной политике. 2006. 4. Июль — август.
- Миллер А.И. Дебаты об истории и немецкая идентичность // Политическая наука: Идентичность как фактор политики и предмет политической науки: Сб. науч. тр. No 3. / Ред. и сост. Малинова О.Ю. М.: ИНИОН РАН, 2005.
- Миллер А. Историческая политика и ее особенности в Польше, Украине и России // Отечественные записки. 2008. 5 (44). [http://www.strana-oz.ru/?numid=46&article=1735].
- Миллер А. Россия: власть и история // Pro et Contra. 2009. 2. Май — август.
- Морозов В. Охранительная модернизация Дмитрия Медведева. Некоторые размышления по поводу ярославской речи // Неприкосновенный запас. 2010. 6.
- Налеваiko Е. Политический популизм и социальный страх // Социология. 2009. 4.
- Ниязов С. Рухнама. Ашхабад, 2001.
- Нора П. Всемирное торжество памяти // Неприкосновенный запас. 2005. 40–41 (2–3).
- Платт К.М.Ф. Ностальгия и инновация: темпоральность модернизирующейся нации // Неприкосновенный запас. 2010а. 74 (6).
- Платт К.М.Ф. Оккупация vs колонизация: История, постколониальность и географическая идентичность. Случай Латвии // Неприкосновенный запас. 2010б. 3.
- Поцелуев С.П. Символическая политика как инсценирование и эстетизация // Полис. 1999. 5.
- «Расскажу вам о войне...». Вторая мировая и Великая отечественная войны в учебниках и сознании школьников славянских стран / Колл. авт. Т.С. Гузенкова (отв. ред.). М.: РИСИ, 2012.
- Рахмонов Э. Таджики в зеркале истории. Кн. 1: От арийцев до Саманидов. Л., б. г.
- Ренан Э. Что такое нация? СПб., 1888.
- Румянцев С. Советская национальная политика в Закавказье: конструирование национальных границ, историй и культур // Неприкосновенный запас. 2011. 4.
- Терентьев-мл. А. «70 лет спустя. У россиян и поляков возник исторический шанс к миру и согласию» // Однако. 2010. 19 апреля.
- Тишков В.А. Историческая наука: новые вызовы и задачи России // Вестник российской нации. 2010. 1–2.
- Тишков В.А. Про разные истории (размышления по поводу статьи Сергея Нарышкина) // Тишков В.А. Единство в многообразии: публикации из журнала «Этнопанорама» 1999–2011. 2-е изд., перераб. и доп. Оренбург: Издательский центр ОГАУ, 2011.
- Траба Р. Польские споры об истории XXI в. // Pro et Contra. 2009. 46 (3–4). Май — август.
- Ферро М. Как рассказывают историю детям в разных странах. М.: Книжный клуб, 2010.
- Финкель Е. В поисках «потерянных геноцидов» // Pro et Contra. 2011. 52 (3–4).
- Хантингтон С. Кто мы? Вызовы американской национальной идентичности. М.: ООО «Издательство АСТ»: ООО «Транзиткнига», 2004.
- Шнирельман В. Президенты и археология, или Что ищут политики в древности // Вестник Российской нации. 2010. 1–2.
- Юри У. Этнические конфликты: что можно сделать? // Национальная политика в Российской Федерации: Материалы международной научно-практической конференции (Липки, сентябрь 1992 г.). М.: «Наука», 1993.
- Assman, A. (2009). "Plunging into Nothingness": The Politics of Cultural Memory. Lambert L.B., Ochsner A. (Eds.). *Moment to Monument: The Making and Unmaking of Cultural Significance*. Bielefeld: Verlag.
- Ballantyne, T. (2005). Putting the nation in its place?: World history and C.A. Bayly's "The Birth of the Modern World". Curthoys A., Lake, M. *Connected Worlds: History in Transnational Perspective*. Canberra.
- Bell D.S.A. (2003). Mythscapes: memory, mythology and national identity. *British Journal of Sociology*, 54(1).
- Hobsbawm, E.J. (1983). *On History. The Invention of Tradition*. (Eds. E. Hobsbawm, R. Terence). Cambridge.
- Nora, P. (1994). *Between Memory and History: Les Lieux de Memoire* // *History and Memory in African - American Culture*. Ed. G. Farbe, R. O' Meally. N.Y., Oxford.
- Read, C. (1950). The Social Responsibilities of the Historian. *The American Historical Review*, 55(2).
- Shils, E. (1975). *Center and Periphery: Essays in Macrosociology*. Chicago.
- Smith, A.D. (1995). *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge.